

JOSÉ ANTONIO MARINA



es@lavanguardia.es

crear

COMPETIR

Hace mucho que no les invito a una excursión etimológica, pero hoy la palabra *competir* me anima a ello. El ser humano es competitivo. Nos gusta enfrentarnos, demostrar nuestra capacidad, vencer. Este impulso ha sido y es permanente causa de hazañas y de crueldades. La palabra es sugestiva. Procede del latín, de *petere* (intentar conseguir algo). La competición se da cuando varios buscan la misma cosa. Una persona *competente* es la que está capacitada para alcanzar una meta disputada. Los ingleses dieron un sentido

deportivo a esta familia de palabras e inventaron el término *competition*, que después pasó a otras lenguas, como la castellana.

La competencia puede ser feroz, y por eso oímos decir que deberíamos sustituir la actitud competitiva por la actitud cooperadora. Sin duda, es verdad, porque la competición es o puede ser una búsqueda ciega de poder, de triunfo y de aniquilación del contrario. El *fair play* no tiene fuerza suficiente para humanizar la pugna. ¿Quiere esto decir que deberíamos intentar reprimir ese impulso innato del ser humano? Ocurre con frecuencia que un sentimiento moviliza energías –lo cual es bueno–, pero acaba provocando efectos nocivos. La tentación es entonces eliminar el sentimiento. Sucede esto en el sentimiento nacional, o en los sentimientos de identidad femenina o masculina. Todos ellos han dado origen a enfren-

tamientos y discriminaciones injustas, y por eso hay que someterlos a observación. Pero el amor patrio también es una fuente de compromiso y generosidad; y los sentimientos femeninos y masculinos pueden ser creadores de individualidades diferenciadas y de estupendos valores. Lo que habrá que hacer es inventar sentimientos nacionales o identidades sexuales que aprovechen lo positivo y erradiquen los excesos peligrosos. Pues bien, algo así ocurre con la competición.

Hablo de esto porque acabo de participar en un congreso sobre deporte y educación. Como les he dicho muchas veces, los problemas educativos plantean profundísimas cuestiones, difíciles

**EL AFÁN DE
COMPETIR
PUEDE
TENER UN
DESPLIEGUE
NO SÓLO
COMPATIBLE
CON LA
EDUCACIÓN,
SINO
NECESARIO**

de resolver, pero que no podemos ignorar. ¿Debemos estimular la competición entre nuestros niños? ¿Debemos formar personas competitivas? Estamos fomentando una cultura del triunfo individual que puede ser muy insolidaria. Recuerdo que cuando alumnos japoneses llegaron a las universidades americanas, les pareció obsceno el afán

de competición que allí se respiraba. Ellos venían de un tipo de sociedad mucho más comunitaria. Afortunadamente, nuestro afán de competir puede tener un despliegue no sólo compatible con la educación, sino imprescindible para ella. Lo malo de la competición es que uno triunfa y los demás fracasan. Sin embargo, hay una competición en la que esto no ocurre: la competición con uno mismo. Los entrenadores saben hasta qué punto puede ser motivador proponer a sus atletas marcas personales. Han de vencer a su marca anterior. Han de vencer a su yo viejo. Uno adquiere así la *competencia*. Ese sentimiento de progreso es el que necesitamos todos para ser felices. No olviden que la felicidad es la armoniosa satisfacción de nuestras tres grandes necesidades: disfrutar, mantener relaciones afectivas satisfactorias y sentirnos capaces de progresar. ■



Raúl